

LARRA: LA CREACIÓN DEL ARTÍCULO PERIODÍSTICO

RICARDO SENABRE

Universidad de Salamanca

Resumen

Se alude con frecuencia a Mariano José de Larra como creador del artículo periodístico moderno. Sin embargo, pese a los numerosos y valiosos estudios que existen sobre el escritor, faltan trabajos que analicen la composición de sus artículos, la peculiar estructura discursiva de lo que acabaría convirtiéndose en modelo indiscutible de un género actual, que el desarrollo de la prensa ha llevado a límites insospechados. En este trabajo se analiza el fragmento inicial de uno de los artículos más famosos del autor y se intenta ahondar en el estudio de sus recursos constructivos.

Palabras clave: Literatura siglo XIX, Larra, artículo periodístico, análisis literario.

Abstract

A favourite among scholars, Mariano José de Larra is characteristically credited with the shaping of modern journalistic article. For all his influence on the genre, though a comprehensive, insightful study on Larra's compositional technique and unique discourse structure remains yet to be accomplished. This paper analyses the opening section of one of Larra's best known articles, in order to expose his distinct composition resources, later taken to their full potential by a further developed, ever-evolving, journalism.

Keywords: 19th Century Literature, Larra, journalistic article, literary analysis.

Es ya tópica —aunque no por ello incierta— la afirmación según la cual en los trabajos de Mariano José de Larra se encuentran, con sus rasgos característicos esenciales, las bases de esa moderna modalidad discursiva que es el artículo periodístico. El espíritu inconformista, la atención permanente a la actualidad —política, social, artística—, el instinto crítico y la capacidad para la sátira, todo ello unido a un estilo eficazísimo que es ya plenamente moderno, configuran, en efecto, un hito en la evolución de esa prosa que, sometida al espacio y las normas de las publicaciones periódicas, irá ad-

quiriendo la forma peculiar que hoy ofrece. Pero acaso los acercamientos al gran escritor han insistido de modo predominante en los contenidos de sus artículos —clasificados incluso en muchas ediciones con este criterio y divididos en satíricos, sociales, de crítica literaria, etc.— y no tanto en los modelos constructivos que crean o a los que se ajustan, en la peculiar composición del género naciente que marcará las pautas de su desarrollo hasta nuestros días. Convendría un examen minucioso de su configuración como artefactos verbales sostenidos por una urdimbre retórica de extremada sutileza cuyos hilos no se muestran en una primera ojeada al texto. Para ello, nada mejor que una lectura demorada de esos artículos, sobre todo de sus planteamientos, de ese exordio en el que el autor suele establecer los ejes sobre los que girará su discurso procurando al mismo tiempo atraer al lector. En las páginas que siguen dedicaremos la atención al examen del fragmento inicial de uno de los más famosos textos de Larra: el titulado «La planta nueva, o el faccioso (artículo de historia natural)», aparecido en *La Revista Española* el 10 de noviembre de 1833 y que a continuación se reproduce:

Razón han tenido los que han atribuido al clima influencia directa en las acciones de los hombres. Duros guerreros ha producido siempre el Norte, tiernos amadores el Mediodía, hombres crueles, fanáticos y holgazanes el Asia, héroes la Grecia, esclavos el África, seres alegres e imaginativos el risueño cielo de Francia, meditados aburridos el nebuloso Albión. Cada país tiene sus producciones particulares: he aquí por qué son famosos los melocotones de Aragón, la fresa de Aranjuez, los pimientos de Valencia y los facciosos de Roa y de Vizcaya.

Verdad es que hay en España muchos terrenos que producen ricos facciosos con maravillosa fecundidad; país hay que da en un solo año dos o tres cosechas; puntos conocemos donde basta dar una patada al suelo, y a un volver de cabeza nace un faccioso. Nada debe admirar por otra parte esta rara fertilidad, si se tiene presente que el faccioso es fruto que se cría sin cultivo, que nace solo y silvestre entre matorrales, y que así se aclimata en los llanos como en los altos; que se trasplanta con facilidad y que es tanto más robusto y rozagante cuanto más lejos está de población. Esto no quiere decir que no sea también en ocasiones planta doméstica; en muchas casas los hemos visto y los vemos diariamente, como los tiestos en los balcones, y aun sirven de dar olor fuerte y cabezudo en cafés y paseos. El hecho es que en todas partes se crían; sólo el orden y el esmero perjudican mucho a la cría del faccioso, y la limpieza y el olor de la pólvora, sobre todo, le matan. El faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por ejemplo, como la sensitiva al irle a echar mano; se cierra y esconde como la capuchina a la luz del sol, y se desparrama de noche; carcome y destruye como la ingrata hiedra el árbol a que se arrima; tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo; gústanle sobre todo las tapias de los conventos, y se mantiene, como esos frutos, de lo que coge a los demás; produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas, cuando lo

mezclan las auras a una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafétida, y es vano como la caña; nace como el cedro en la tempestad, y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelecha en las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla, y tiene más dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; cría, en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones.

Antes de nada, será oportuno tener en cuenta algunos datos acerca del entorno histórico que da origen al artículo, lo que puede hacerse acudiendo a las palabras del propio Larra, que en su opúsculo *De 1830 a 1836, o la España desde Fernando VII hasta Mendizábal*, ofrece un resumen cabal de la situación. En 1830, recuerda el escritor, «Fernando VII acababa de sentar en el trono de España a María Cristina de Borbón, princesa de las Dos Sicilias». Ciertos sectores advirtieron alarmados el peligro de una liberalización inmediata y, con el fin de impedir tal posibilidad, se agruparon en un partido que «reclutaba en los conventos, reconocía por cabecillas algunos frailes furiosos, algunos absolutistas encarnizados [...] Este partido apostólico trataba a Fernando de revolucionario». La cabeza de este grupo fue desde el primer momento el propio hermano del rey, el infante don Carlos. Para los apostólicos supuso un duro golpe la Pragmática Sanción mediante la cual se derogaba la Ley Sálica, promulgada por Felipe V, que excluía del trono a las mujeres. Observa Larra que el partido apostólico «estaba en contradicción flagrante consigo mismo; depositario, cual se jactaba, de las antiguas tradiciones de la Monarquía española, hubiera debido, para ser consecuente, asociarse a la Pragmática Sanción, pues que ésta no era, en efecto, sino la rehabilitación del antiguo derecho español, en vigor desde el tiempo de los godos». A pesar de ello, los apostólicos «agitáronse a la sombra de sus monasterios, urdieron ocultas tramas y declamaron, aunque en voz baja, contra la atrevida extranjera que tenía supeditado al rey». La reina dio a luz una niña. Se sucedieron las insurrecciones. Los apostólicos veían ahora que, al haber sido derogada la Ley Sálica, se esfumaban las esperanzas del pretendiente don Carlos, que fue desterrado de Madrid.

Con la muerte de Fernando VII (29 de septiembre de 1833), la situación general se agravó, y los sectores apostólicos partidarios de don Carlos, calificados de «carlistas» o «facciosos» por los defensores de la legitimidad, intensificaron sus ofensivas. A finales de octubre y principios de noviembre de 1833 se producen los primeros manifiestos de don Carlos como aspirante al trono, ocupado ahora por doña María Cristina en calidad de regente hasta la mayoría de edad de su hija, la futura Isabel II. En estas circunstancias, Larra debió de ver en peligro la continuidad de la Monarquía y lanzó durante los meses finales de 1833 varios escritos contra el partido apostólico, uno de los cuales es precisamente el que ahora nos ocupa, «La planta nueva, o el faccioso».

Se trata de un artículo satírico apoyado en una equiparación degradante: un ser humano —el faccioso— se iguala a una planta, lo que dará origen a una larga serie de equivalencias irónicas minuciosamente desarrollada. La ecuación se produce ya desde el título doble, que aparece en ocasiones en los artículos de Larra («El hombre menguado, o el carlista en la proclamación», «Nadie pase sin hablar al portero, o los viajeros en Vitoria», «El hombre pone y Dios dispone, o lo que ha de ser el periodista») y que es rasgo frecuentísimo en obras teatrales y narrativas de los siglos XVIII y XIX, desde *La comedia nueva, o el café*, de Moratín, hasta *Marcela, o ¿cuál de los tres?*, de Bretón de los Herreros, o *Don Ramiro I de Aragón, o el trono y la muerte*, de Fernández y González, y *El secreto de una loca, o vivir para llorar*, de Rafael del Castillo, entre docenas de títulos posibles. Por otra parte, la equiparación entre *faccioso* y *planta*, expresada por el nexos conjuntivo del título, alcanza al subtítulo: «Artículo de historia natural». Larra juega con el equívoco: es un artículo de *historia natural* porque en él se habla de una «planta nueva», y tal asunto corresponde a una disciplina denominada así desde Plinio a Buffon, como recoge el *Diccionario de Autoridades* en su definición de *historia*: «Se llama también la descripción que se hace de las cosas naturales, animales, vegetales, minerales, etc., como la historia de Plinio, la del P. Acosta, la de Dioscórides, etc.». Pero, al mismo tiempo, es un artículo de *historia natural*, y el adjetivo se opone a «sobrenatural». Se trata, pues, de esbozar una *historia real*, nada fantástica. En un sentido, «historia natural» conviene a la índole botánica de la *planta nueva*; en el otro, a la existencia histórica de los facciosos, seres reales de la sociedad, coetáneos del cronista que informa sobre ellos. Título y subtítulo unen, pues, mediante procedimientos lingüísticos diferentes —la estructura sintáctica disyuntiva en un caso y la dilogía semántica en el otro—, los dos elementos cuya comparación incesante vertebrará el texto. Desde el primer momento queda planteado con absoluta nitidez no sólo el tema central del artículo, sino también su disposición constructiva, que, erigida sobre el esquema binario del símil (A es como B), estimulará el uso continuo de dualidades, tanto semánticas —la dilogía, sobre todo— como sintácticas.

Una vez determinada la idea matriz, según la cual el faccioso es una planta, la organización del texto se dispone, como es fácil advertir, en tres partes diferentes cuyos rasgos distintivos irán destacándose a lo largo del análisis. Convendrá enumerarlas, aunque pueda parecer superfluo. La primera de ellas abarca desde el comienzo del texto hasta las palabras «de Roa y de Vizcaya»; la segunda parte se inicia con la frase «Verdad es que hay en España...» y se prolonga hasta «le matan»; por último, la tercera se extiende desde «El faccioso participa...» hasta el final del fragmento.

La disposición de la primera parte se ajusta a las características más superficiales e inmediatamente reconocibles que ofrece la prosa de divulgación científica. Si el discurso científico parte de una hipótesis e intenta luego llegar a demostrarla mediante el razonamiento y la comprobación empírica, la obra de divulgación no indaga; enuncia una verdad ya establecida y sustituye a continuación las demostraciones por ejemplos probatorios. De acuerdo con el valor de la acuñación «historia natural» que aparece en el subtítulo, el autor marca desde el principio un tono adecuado. Obsérvese la frase: «Razón han tenido los que han atribuido al clima influencia directa en las acciones de los hombres». La organización sintáctica, con la inversión del orden habitual, destaca la posición de un sujeto absolutamente convencido y tal vez deslumbrado por la hipótesis científica. Más que la idea en sí, que aparece relegada al último segmento del enunciado, importa destacar su carácter de verdad aceptada e incontrovertible. Para conseguir esta impresión no sólo se retrasa la aparición del sujeto, sino que la inversión alcanza a los elementos del mismo sintagma predicativo, con lo que el sustantivo «razón» se sitúa en el principio absoluto de la frase. De este modo, la sintaxis contribuye sutilmente a componer un texto que no corresponde con exactitud a las premisas del discurso científico —puesto que desde el primer momento acepta como indudable la hipótesis y, además, denota cierta actitud admirativa de escasa objetividad—, sino a las más modestas de la divulgación curiosa y apasionada. El mismo sentido reviste la expresión del sujeto: «los que han atribuido al clima». El autor omite cualquier precisión. ¿Quiénes son los que han defendido esa hipótesis? ¿Cuándo? Sabemos que no se trata de unos científicos determinados, sino de una corriente tradicional del pensamiento médico y antropológico que arranca tal vez del tratado de Hipócrates *Sobre los aires, las aguas y los lugares*, donde se afirma que «las peculiaridades somáticas y psíquicas de los hombres dependen en muy amplia medida del medio geográfico y climatológico en que estos viven»¹. Por si esto fuera poco, numerosos sectores de la medicina francesa reafirman este supuesto a comienzos del siglo XIX. Así, Richerand, en sus *Nuevos elementos de Fisiología*, publicado en Francia en 1801 y traducido con fidelidad al español entre 1804 y 1806, afirma: «Entre todas las causas que modifican la naturaleza del hombre y llegan hasta desnaturalizar completamente sus disposiciones nativas, no hay ninguna más enérgica que la acción continuada de los aires, las aguas

¹ Apud P. Laín Entralgo, *La medicina hipocrática*, Madrid, Revista de Occidente, 1970, pág. 155. Es evidente que Larra no pudo conocer la magna adaptación al español (1842-1844) de la edición de Hipócrates comentada por Littré (1841). Pero, además de tratarse de ideas muy divulgadas, bastará recordar que existe una traducción francesa del tratado hipocrático que pudo ser accesible al escritor: el *Traité des airs, des eaux et des lieux* en excelente versión de Diamant Coray, publicado en París en 1801 y reimpresso en 1816.

y los sitios, según decía el padre de la medicina. En efecto, el clima tiene una influencia señalada en el temperamento; por esto el bilioso es común al mayor número de habitantes de los países meridionales; el sanguíneo, de los pueblos del norte, y, por el contrario, la constitución linfática reina en los países fríos y húmedos, como la Holanda»². Parece que nos encontremos ante una primera versión de los párrafos de Larra, porque, en efecto, el escritor, una vez establecida la hipótesis, dedica el resto de esta primera parte a ejemplificarla a base de dos enumeraciones separadas por el punto. Ambas series obedecen al mismo designio y, en consecuencia, poseen rasgos formales comunes: la técnica enumerativa y la semejanza léxica. Si la primera serie comienza con las palabras «duros guerreros ha producido», la segunda se inicia con «cada país tiene sus producciones». La noción de 'producir' gobierna las dos enumeraciones y subraya su vinculación. Sin embargo, el autor ha establecido dos partes porque la división le permitía ordenar los elementos en dos bloques, a imitación —una vez más— de los apartados que en ocasiones ofrece la prosa científica: los ejemplos extranjeros, por un lado, y los españoles a continuación. Al mismo tiempo, la separación se utiliza para agrupar elementos homogéneos: la primera secuencia está constituida por ejemplos referidos a seres humanos («duros guerreros», «tiernos amadores», etc.), mientras que la segunda incorpora exclusivamente nombres de frutos o plantas («melocotones», «fresas», etc.). Consideradas en conjunto, ambas series forman una trayectoria descendente, de lo general a lo particular y de lo animado a lo inanimado. Si, teniendo en cuenta este dato, se observa que en el extremo final de la enumeración se halla la mención de los «facciosos», no es difícil concluir que el punto de vista del autor con respecto a los partidarios de don Carlos es sumamente degradante, como ya se sugería en el título. Y esto no es todo. No debe olvidarse el trasfondo histórico del asunto. Aunque en el discurso aparezcan agrupados junto a las plantas, los facciosos eran —valga el perogrullesco recordatorio— hombres de carne y hueso, y además armados. El texto los sitúa en el extremo final de esta serie descendente, como el último y más degradado eslabón de la cadena. En el otro extremo, iniciando la enumeración, aparecían los «duros guerreros». A juzgar por la cuidadosa ordenación de los elementos, resulta palmario, pues, que el autor coloca a los «facciosos» en el lugar opuesto al que ocupan los «duros guerreros». Se destaca así, merced al artificio constructivo, una nota de cobardía que convendrá retener.

No será inútil resumir, antes de continuar adelante, la estructura compositiva de esta primera parte. Comienza con una aseveración científica [1]:

² *Apud* J.L. Pinillos, J.M. López Piñero y L. García Ballester, *Constitución y personalidad*, Madrid, csic, 1966, pág. 167.

«Razón han tenido [...] de los hombres», apoyada por ejemplos generales [2]: «Duros guerreros [...] nebuloso Albión». Engendrada por la noción ‘producir’ de este último segmento vuelve a brotar una aseveración científica [3]: «Cada país [...] particulares», apoyada en este caso por ejemplos españoles [4]: «he aquí por qué [...] de Vizcaya». Como ya se ha indicado, el nexa entre [2] y [3] es, por tanto, una noción que se repite: en [2], «ha producido»; en [3], «sus producciones». Pero existe una diferencia esencial: en el primer caso, *producir* se utiliza con la acepción figurada de ‘causar, ocasionar’; en el segundo, en cambio, ostenta el valor de ‘dar fruto los terrenos o árboles’. La equiparación entre ambas series se sustenta, pues, en una dilogía, lo que permite descubrir el carácter paródico del discurso. Por otra parte, la extensión de los miembros enumerados es significativamente desigual. En el primer bloque hay siete elementos, cinco de los cuales están adjetivados, y algunos varias veces:

guerreros	<i>duros</i>
amadores	<i>tiernos</i>
hombres	<i>cruels</i>
	<i>fanáticos</i>
	<i>holgazanes</i>
héroes	
esclavos	
seres	<i>alegres</i>
	<i>imaginativos</i>
meditabundos	<i>aburridos</i>

El segundo bloque consta únicamente de cuatro menciones, ninguna de ellas adjetivada:

melocotones
fresa
pimientos
facciosos

No se trata sólo, además, de una diferencia cuantitativa. Aparte de que la primera serie posee una extensión aproximadamente doble, su mayor peso específico en el conjunto se deriva también de una elaboración más cuidadosa. La enumeración se abre y se cierra con dos parejas de miembros —siempre las estructuras binarias ya anunciadas— que guardan entre sí paralelismos y correspondencias. Basta observar las dos primeras frases, con la misma distribución de adjetivos (*duros guerreros/tiernos amadores*), con sus menciones geográficas de naturaleza análoga (*el norte/el mediodía*) y con una triple contraposición apoyada en los valores semánticos de los vocablos: *duros/tiernos*; *guerreros/amadores*; *norte/mediodía*. A ello cabe añadir un

factor de naturaleza rítmica: las catorce sílabas con seis acentos del primer enunciado frente al endecasílabo «tiernos amadores el mediodía». En cuanto a las frases que cierran la serie, no es necesario recalcar las simetrías: a la doble adjetivación *alegres e imaginativos* se contrapone la de *meditabundos aburridos*; a *risueño cielo* le corresponde en el otro segmento *nebuloso*. En el centro, envueltas por tan nítidas delimitaciones, se encuentran las menciones de tres lugares distantes y exóticos, cuya lejanía prestigiosa se acentúa por la anteposición del artículo a la francesa. En conjunto, la enumeración trata de englobar referencias geográficas heterogéneas para dar la sensación pretendida de que se está enunciando una verdad absoluta, comprobada suficientemente en lugares muy diversos; en este sentido, el adverbio *siempre*, que, al igual que el predicado, afecta a todos los elementos enumerados, corrobora la impresión de verdad indiscutible que se pretende llevar al ánimo del lector desde las primeras líneas.

Está claro, por tanto, que la mayor extensión de esta primera serie se halla reforzada por medio de recursos de distinta índole que la potencian y abultan desmesuradamente con relación a la otra. Advuértase que entre ambas subyace una estructura de naturaleza comparativa cuyo núcleo podría esquematizarse así: 1] Del mismo modo que el norte produce duros guerreros (+ a, b, c...), 2] así Aragón produce melocotones (+ a, b, c...). Es evidente que la rama tensiva alcanza tal longitud que desequilibra el conjunto, de tal modo que, antes de comenzar la rama distensiva, el autor se ve obligado a introducir una frase —ya comentada antes— que sirva de recordatorio y garantice la conexión: «Cada país tiene sus producciones particulares». Ahora bien: el desequilibrio anotado no se debe a desfallecimiento en la técnica constructiva, sino que es algo voluntario. Constituye un efecto buscado y, más aún, necesario. El propósito del autor es acumular referencias prestigiosas para fortalecer la teoría expuesta y, al mismo tiempo, preparar el brusco e irónico contraste con las triviales menciones de la serie posterior, en la que se incluyen los «facciosos». Tan escasas y desnudas menciones precipitan la rama distensiva, aceleran su desarrollo y la convierten en una sutil caricatura del complejo período anterior. La aparición del término «facciosos» al final de esta rápida curva descendente, después de los melocotones, la fresa y los pimientos, introduce en la serie un elemento inesperado que acentúa el tono irónico y acaba de fijar el tema. La determinación «de Roa y de Vizcaya», topónimos similares en apariencia a los anteriores, introducen, sin embargo, en este discurso de «historia natural», referencias a hechos históricos concretos: en Roa se celebró en 1825 el proceso contra Juan Martín, el Empecinado, y Vizcaya fue uno de los principales focos de insurrección en 1833, tras el frustrado levantamiento de Talavera de la Reina.

La segunda parte se enlaza con la primera mediante el recurso a la noción de 'producir' —tomada ahora exclusivamente en su acepción botánica— y la aparición de un nombre geográfico totalizador, «España», que se deriva de las menciones anteriores —Aragón, Aranjuez, Valencia, Roa y Vizcaya— y las subsume en una unidad superior. Además, el arranque del enunciado acusa una deliberada semejanza con el principio del artículo («razón han tenido»/«verdad es»), lo que delata una intención similar: se trata, en efecto, de presentar el hecho como algo consabido e indiscutible. Por otro lado, la idea directriz de esta parte es la contenida en la primera frase: España es un país fértil en facciosos. Por eso el enunciado inicial ofrece una sintaxis recargada y solemne, en la que cada sustantivo va acompañado de un término calificador o cuantificador: «*muchos* terrenos», «*ricos* facciosos», «*maravillosa* fecundidad». Este último vocablo (*fecundidad*) recoge las nociones de 'cantidad' y 'calidad' apuntadas en «muchos» y «ricos» —con la acepción de 'exquisitos', 'excelentes—, si bien, y a la vez, «ricos» opera en el contexto con valor dilógico y alude al *status* económico de quienes fomentan la insurrección.

Puesto que las dos nociones básicas de esta parte son 'fecundidad' y 'faccioso', el desarrollo posterior deberá tender, por exigencias constructivas, a potenciarlas adecuadamente. Ésta es la función de las frases inmediatas:

País hay que da en un solo año dos o tres cosechas; puntos conocemos donde basta dar una patada en el suelo, y a un volver de cabeza nace un faccioso.

La semejanza de estructuras revela que ambos segmentos desempeñan un papel similar: «país hay que...»/«puntos conocemos donde...»; también hay paralelismos semánticos: «en un solo año» y «basta dar una patada» son fórmulas que tienen en común la misión de empequeñecer y reducir la naturaleza de algo que, a pesar de su insignificancia, acarrea consecuencias de considerable magnitud; en ambos casos, además, tales consecuencias expresan la noción de 'fecundidad': «dos o tres cosechas» y «a un volver de cabeza nace un faccioso». Pero, junto a estas evidentes analogías, existe una sutil diferencia entre las dos frases: la primera se engarza con la anterior gracias a la afinidad entre el término «cosechas» y las nociones 'producir' y 'fecundidad'; la segunda, en cambio, prepara la aparición de los rasgos descriptivos que surgirán luego. «Dar una patada en el suelo» es un gesto que sirve para anunciar la rapidez con que brota el faccioso. Poco más adelante se dirá que es planta silvestre que no requiere cultivo; es suficiente, pues, con remover la tierra mediante una simple patada para que surja el faccioso. El nacimiento espontáneo y rápido suscita la imagen de la mala hierba —aunque no aflore a la superficie del discurso— por su crecimiento

rápido, todo ello favorecido por la mención de la patada en el suelo. Se sugiere, en resumen: *a)* que el faccioso es una planta; *b)* que se encuentra a flor de tierra; *c)* que nace y se desarrolla con rapidez en cualquier parte; y *d)* que es dañina. Ahora bien: estos rasgos constituyen una especie de anticipo u obertura de lo que luego aparecerá desarrollado con más pormenor. La frase anuncia las posteriores sin perder la conexión con la precedente. El discurso va, así, articulándose con total coherencia.

Como es fácil comprobar, la técnica compositiva de esta segunda parte es semejante a la utilizada en la primera. Se arranca de una afirmación —España es un país fértil en facciosos— que inmediatamente se ve reforzada mediante diversos procedimientos, como la adjetivación, la hipérbole o el uso de la dilogía. En la primera parte, tras la «hipótesis» aparecían los ejemplos probatorios mostrados como causas de los hechos («he aquí por qué son famosos...»). También ahora se expresan a continuación los motivos de tal fecundidad. En ambos casos, el desarrollo tiende a corroborar y afianzar la idea inicial. Y hay algo más, que confirma la impresión de encontrarnos ante una prosa sumamente elaborada y con tendencia a la simetría: de igual modo que, al comienzo del texto, las pruebas se agrupaban en dos secuencias de elementos —seres humanos y países extranjeros, por un lado; producciones hortícolas y regiones españolas, por otro—, ahora el autor organiza también dos conjuntos sucesivos cuyos componentes se ordenan en torno a dos ideas básicas: *a)* el faccioso es planta silvestre, y *b)* el faccioso es planta doméstica. Examinemos los aspectos más destacados de esta disposición.

En primer lugar, es obvio que el autor no abandona la noción vertebradora de esta parte, anunciada ya desde el principio. Así, la «maravillosa fecundidad» de antes se reproduce ahora en la «rara fertilidad», y volverá a reiterarse, casi al final de esta segunda parte del texto, con la conclusión «en todas partes se crían». Como apoyos de esta idea se distribuyen a lo largo del enunciado diversas fórmulas con el significado de ‘abundancia’: «en los llanos como en los altos», «se trasplanta con facilidad», «en muchas casas los hemos visto», etc. Hay, pues, una línea continua de la que el autor no se separa; al mismo tiempo, la ecuación *faccioso = planta* desarrolla cada vez con mayor insistencia una serie de humorísticas dilogías. Así, «el faccioso es fruto que se cría sin cultivo» condensa tres enunciados: [1] el faccioso es fruto (metáfora análoga a la del título; [2] el fruto se cría sin cultivo (consideración «real» que prepara la transición hacia el equívoco); [3] el faccioso se cría «sin cultivo» (es decir, ‘inculto’, ‘ignorante’, ‘incivil’). Análogamente, «nace solo» (esto es, sin ayuda alguna, lo que corrobora la «maravillosa fecundidad» señalada antes), «silvestre» (‘salvaje’) y «entre matorrales» (‘terrenos incultos’, en la misma línea que el sintagma «sin cultivo» y con idéntica intención). La frase «así se aclimata en los llanos como en los altos» cumple,

como ya quedó indicado, la función de reforzar la idea de abundancia y fecundidad; por otra parte, prolonga las menciones relativas al suelo («patada en el suelo», «matorrales») y juega, por último, con los valores dilógicos de los términos, siguiendo el esquema de la identidad inicial entre *planta* y *faccioso*. La planta —añade Larra— se aclimata igualmente en llanuras y en terrenos altos. Cabe aquí notar la insuficiencia de la contraposición —ya que los terrenos altos pueden ser también llanuras—, necesaria, sin embargo, para disponer el equívoco: las ideas de los facciosos arraigan con la misma facilidad en el «pueblo llano» y en los poderosos («los altos»).

Del faccioso se dice, además, «que se trasplanta con facilidad y que es tanto más robusto y rozagante cuanto más lejos está de población». La forma verbal «trasplantarse» equivale a ‘propagarse’, ‘trasladarse’, lo que se halla en consonancia con la «rara fertilidad» antes señalada. Pero, al mismo tiempo, la acepción figurada de ‘irse, desarraigarse’, reforzada por la expansión «con facilidad», suscita la idea de movilidad, de fuga y, secundariamente, la nota de cobardía, que reitera una sugerencia apuntada ya en la primera parte merced a la contraposición, en los extremos del largo enunciado, entre «duros guerreros» y «facciosos». Por otro lado, continúa operando la idea de fruto «silvestre» y «sin cultivo». Este segundo rasgo conduce a la afirmación de su fácil trasplante, mientras que la nota «silvestre» desencadena el resto de la frase que ahora se analiza: la robustez del fruto está en relación directa con su alejamiento de la población. Es indudable que también aquí juega el autor con el equívoco: las bandas de facciosos proliferan sobre todo en zonas rurales y en lugares alejados del alcance de la autoridad. Allí el faccioso es «robusto» (es decir, ‘fuerte’) y «rozagante», esto es, ‘vistoso’, porque se encuentra seguro y no se oculta, sino que hasta se exhibe.

Todas estas caracterizaciones sirven para reforzar la idea correspondiente al primer conjunto de los dos que constituyen esta parte, en la que se establece que el faccioso es planta silvestre. El segundo bloque, que se inicia a continuación, reposa sobre la idea de que el faccioso es planta doméstica, y ambos rasgos contribuyen, como se ha dicho, a reafirmar la noción de ‘abundancia’. La transición de una serie a otra se articula mediante una aclaración previa: «Esto no es decir que no sea también en ocasiones planta doméstica». La doble fórmula negativa, después de la insistencia en el carácter silvestre de la planta, acentúa el tono irónico del discurso. Los elementos puestos ahora en juego mantienen rigurosamente la dilogía: la planta se encuentra también en las casas «como los tiestos en los balcones» y da olor «en cafés y paseos». Es decir, que hay facciosos en las ciudades y se reúnen en los lugares de ocio —porque no tienen otra cosa que hacer—, como los cafés —establecimientos idóneos para conspirar, si atendemos a los

datos que nos proporciona la literatura del siglo XIX³— y los paseos. Como las plantas, los facciosos se distinguen por el olor, que en este caso es penetrante y llega a marear: el adjetivo «cabezudo» se aplica por lo común al vino de alta graduación y al olor que exhala, pero tampoco hay que olvidar que «cabezudo» significa igualmente ‘terco’, ‘porfiado’, acepción que gravita sobre la otra, de acuerdo con el permanente uso dilógico de los vocablos que Larra practica. El rasgo olfativo reaparecerá luego en el texto. Como resumen de la noción ‘fecundidad’ presente en toda esta segunda parte, el autor anota: «El hecho es que en todas partes se crían». Pero al instante vuelve a rebajar lo tajante de la afirmación exponiendo algunos remedios seguros contra la plaga, basados nuevamente en el doble sentido. Perjudican al faccioso «el orden y el esmero», pero, además, «la limpieza y el olor de la pólvora sobre todo, le matan». La frase está organizada mediante dos parejas de términos —una vez más se manifiesta el gusto por la simetría constructiva— entre cuyos valores semánticos se establece una progresión que podría esquematizarse así:

- | | |
|---------------|-----------------------|
| 1. Perjudican | 2. Matan |
| a) orden | a) limpieza |
| b) esmero | b) olor de la pólvora |

Arrastrada por la noción ‘maloliente’, implícita en los segmentos anteriores, surge otra conexas (‘sucio’) connotada por los sustantivos «esmero» y «limpieza», que sugieren, a la vez, el carácter de planta parásita más tarde confirmado. Por otra parte, si «esmero» lleva a «limpieza», el vocablo «orden» —entendido como ‘organización, orden social o público’— conduce a la sinécdoque «olor de la pólvora», que, además de remitir a las armas de fuego, de acuerdo con el valor semántico del predicado «matan», deja entrever humorísticamente, una vez más, la cobardía del faccioso, destruido tan sólo con el «olor de la pólvora».

En resumen: si la primera parte del texto estaba constituida por la parodia de una aseveración científica con sus correspondientes ejemplos, la segunda,

³ La enumeración de ejemplos podría ser interminable. En los *Años de juventud del doctor Angélico* (cap. VI), Palacio Valdés habla del Café de Madrid, donde se reunían «los enemigos más caracterizados que el Ser Supremo tenía en la capital de España» y que era un «café de conspiradores». En *Fortunata y Jacinta* (Madrid, Hernando, 1979, pág. 1072) recuerda Galdós —que ya había novelado el asunto en *La Fontana de Oro*— el auge de «los cafés, lugar de cita de poetas, filósofos, políticos, conspiradores, ociosos, cesantes y pretendientes». También el Aviraneta barojiano frecuente en diversos lugares de España y Francia cafés de conspiradores. El barón de Oiquina, por ejemplo, recuerda en *Los caminos del mundo* (I, 1) a «los conspiradores del café de Levante», en Madrid. Y véase la evocación del madrileño café de Lorenzini, «cueva de conspiradores», en L. Araujo Costa, *Hombres y cosas de la Puerta del Sol*, Madrid, Editora Nacional, 1952, pág. 80.

que concluye aquí, desarrolla la idea, ya apuntada antes, de que España es un país fértil en facciosos, para cuyo exterminio se indican determinados remedios. Siguiendo el planteamiento y la organización de un «artículo de historia natural», la tercera parte está dedicada íntegramente a enumerar las propiedades de la llamativa planta.

En clara correspondencia con el símil del título, estas propiedades se agrupan en una larga serie de fórmulas comparativas articuladas en torno al verbo, que gobierna las sucesivas construcciones y orienta la selección de los rasgos significativos que hacen posible la comparación. No es ésta la única ocasión en que Larra utiliza el recurso de comparar seres humanos con elementos vegetales. En su irónico artículo «El hombre pone y Dios dispone, o lo que ha de ser el periodista», publicado el 4 de abril de 1834, aparece una prolongada serie de símiles organizada con técnica análoga a la del fragmento que nos ocupa. Véase una muestra:

Parécese el periodista a las plantas en acabar con ellas un huracán, sin servirles de mérito el fruto que hayan dado anteriormente; como la caña, ha de doblar la cerviz al viento, pero sin murmurar como ella; ha de medrar, como el junco y la espadaña, en el pantano; ha de dejarse podar como y cuando Dios disponga, y tomar la dirección que le dé el jardinero; ha de pinchar, como el espino y la zarza, los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso; en días oscuros ha de cerrar el cáliz y no dejar coger sus pistilos, como la flor del azafrán...

La serie de «La planta nueva» que ahora examinamos está compuesta por once términos botánicos —más uno indeterminado: «el polvo germinante de muchas plantas»— cuya sucesión da lugar a una enumeración de cualidades atribuibles al faccioso. Como sucedía en la primera parte del texto, la organización de la serie responde a cierto esquema: hay una gradación descendente muy significativa desde los términos iniciales, que designan plantas exóticas —la sensitiva, la capuchina, la asafétida—, hasta la cebolla, el ajo o el coco del final. La conexión con todo lo anterior se produce por el hecho de que la primera noción que se desprende de las comparaciones es la de ‘cobardía’ («huye», «se cierra y esconde»), sugerida antes, como se vio, por la especial ordenación de la parte inicial y por las referencias al «orden» y al «olor de la pólvora». Las dos primeras comparaciones, en efecto, se apoyan en cuatro verbos. El primero —«huye»— es de significado general y determina la elección de los otros. A partir de él, el carácter de presente gnómico de la forma verbal desarrolla la idea de ‘permanencia’, y ésta se expresa mediante una contraposición —«a la luz del sol»/«de noche»— que exige otra en los verbos seleccionados: «se cierra y esconde»/«se desparrama». La construcción bimembre es, por tanto, similar a la de otros pasajes ya examinados, y se confirma como un inequívoco rasgo de estilo. Este planteamiento requiere términos de

comparación adecuados, y es en este punto donde el autor recurre a los elementos botánicos, como hará también en «El hombre pone y Dios dispone». Para la noción de ‘huir’ utiliza la sensitiva, planta leguminosa (*mimosa pudica*) cuyas hojas tienden a retraerse y pasan rápidamente a la posición llamada «de sueño» cuando se ejerce sobre ellas un estímulo externo. Por lo que se refiere a la oposición día/noche y a sus correspondientes acciones, Larra acude a una planta oxilidácea, sensible a los estímulos lumínicos: la capuchina. Lo cierto es que hay aquí una impropiedad científica, ya que los movimientos nictimásticos de estas herbáceas se producen en sentido inverso al que les atribuye el escritor: las hojas se yerguen de día (posición de vigilia) y permanecen colgantes de noche (posición de sueño)⁴.

Está claro, pues —como delata esta inadecuación—, que el autor ha partido de una determinada idea compositiva y, apoyándose en algunos someros conocimientos botánicos, ha buscado luego las plantas que pudieran servir para completar el símil. De aquí se deduce que lo fundamental era destacar la noción de ‘cobardía’ contenida en los verbos y por las razones ya expuestas. La nota de clandestinidad del faccioso, apuntada en la referencia a sus movimientos nocturnos, aparece también en otro artículo cercano: «El hombre menguado, o el carlista en la proclamación», publicado el 27 de octubre de 1833, donde se describe a un personaje en los siguientes términos:

Los ojos, como la intención, atravesados y hundidos [...] Corto de vista, si los hay, como aquel que está acostumbrado a poca luz y le ofende la de un día claro. ¡*Carlista!*, dije yo para mí. ¡*Carlista!*

Una vez agotado el rasgo de ‘cobardía’ del faccioso —y el secundario de ‘clandestinidad’—, Larra desarrolla en las frases siguientes la de ‘parásito’:

Carcome y destruye como la ingrata yedra el árbol a que se arrima; tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo; gústale sobre todo las tapias de los conventos, y se mantiene, como esos frutos, de lo que coge a los demás.

La secuencia está encabezada por la mención de la hiedra, lo que permite desplegar nociones conexas que irán derivándose de un encadenamiento lógico de los términos: *yedra—brazos—puntos de apoyo—tapias de los conventos*. Los paralelismos sintácticos revelan una vez más las correspondencias internas de los elementos y la habitual tendencia a la simetría dual:

- [1] Carcome y destruye como la ingrata yedra
- [2] Tiende sus brazos como toda planta parásita

⁴ Véase simplemente G. Gola, G. Negri y C. Cappelletti, *Tratado de Botánica*, Barcelona, Labor, 1959, pág. 538.

El predicado de [2] «tiende sus brazos» surge del término «yedra» y, a su vez, con ayuda de la noción ‘arrimarse’, desarrolla los elementos «puntos de apoyo» y «tapias». De este modo, la caracterización del faccioso como parásito destructor, contenida en la primera frase, se enriquece con otros rasgos; para empezar, con la calificación «ingrata», que aparece reforzada por la expansión «el árbol a que se arrima», transparente alusión al conocido refrán. El faccioso, pues, busca protección en el poderoso y, una vez que se ha aprovechado de él, lo abandona. En cierto sentido, resuena aquí un eco tenue de los «altos» comentados antes.

Con las nociones ‘parásito’ e ‘ingrato’ explícitas en la primera frase, la segunda no añade caracterización alguna, sino tan sólo variaciones redundantes: «la ingrata yedra» se reitera en «toda planta parásita», y «se arrima» sufre la transformación en «tiende sus brazos [...] para buscar puntos de apoyo». Por ello, sin duda, Larra insertó la frase siguiente, que no figuraba en la primera redacción del artículo: «Gústale sobre todo las tapias de los conventos». La adición mantenía la coherencia del texto, puesto que «tapias» establecía su conexión con «puntos de apoyo» y le permitía progresar añadiendo a los rasgos ya indicados uno más: el de clericalismo. Todas estas imágenes satíricas reaparecen una y otra vez en los artículos de estos años. Así, en «El hombre menguado» afirma Larra de los carlistas que «estas gentes se andan agarrando ya a las paredes». Y en el opúsculo *De 1830 a 1836, o la España desde Fernando VII hasta Mendizábal*, señala, como ya quedó indicado, que los carlistas «agitáronse a la sombra de sus monasterios» y que entre sus cabecillas hubo «algunos frailes furiosos». El conocido artículo «Nadie pase sin hablar al portero, o los viajeros en Vitoria», publicado el 18 de octubre de 1833, pone en solfa la participación de frailes en las guerras carlistas.

Hay que convenir, pues, en que la inserción de la frase en la segunda redacción proporciona al texto mayor solidez, ya que aprovecha una secuencia redundante para abrir el camino a un nuevo rasgo caracterizador. Y al mismo tiempo aleja la frase siguiente, que ya tenía un índice conectivo poco preciso: «como *esos frutos*». Para referirse a las plantas parásitas, la fórmula «esos frutos» es un tanto impropia. Su levísima cohesión se mantenía únicamente gracias a su vecindad en la secuencia. Pero, al distanciarla mediante la incrustación de la frase relativa a las tapias de los conventos y no alterar su composición, el autor la ha dejado desconectada del conjunto, lo que no resulta una solución compositiva perfecta; además, su contenido de información es también redundante, puesto que la noción de ‘robo’ expresada por el segmento «lo que coge a los demás» estaba ya implícita en el carácter de planta parásita atribuido al faccioso.

El rasgo siguiente reitera la idea de fecundidad, tan repetida en la segunda parte, y consigna una nueva nota del faccioso: la de ‘sanguinario’. La

imagen es muy simple, y se relaciona con las llamadas «lluvias de azufre» producidas por la anemofilia: el polen, arrastrado por el viento, se precipita sobre la tierra mezclado con el agua de lluvia. Claro está que, al tratar de los carlistas, el polen y el agua de lluvia sufren una trasposición metafórica. Se advertirá con nitidez si se establece imaginativamente una ecuación: el polen de las plantas, sumado al agua, produce la lluvia de azufre, de igual modo que las ideas de los carlistas, unidas a sus acciones, provocan una lluvia de sangre. La equivalencia es indudable, aunque el logro del conjunto resulte luego disminuido por la utilización del término *auras*, al que la tradición literaria —y también la lexicográfica— ha asignado la acepción de ‘vientos suaves’⁵, no muy apropiada en este caso. Todos estos enunciados parecen dominados por reminiscencias librescas, que se reflejan incluso en la yuxtaposición de segmentos octosilábicos con involuntarias asonancias: «produce lluvia de sangre/como el polvo germinante/de muchas plantas/cuando lo mezclan las *auras*».

En la segunda parte se hablaba del «olor fuerte y cabezudo» del faccioso. Relacionada con esta idea surge ahora la comparación con la asafétida (*asa foetida*), planta umbelífera que produce una gomorresina de olor intenso y desagradable. Los símiles van haciéndose más escuetos y directos. Aquí, a la notación ‘maloliente’ se añade, sin romper la frase, otra atribución de signo distinto, «vano como la caña», que aprovecha el valor dilógico del adjetivo *vano*: ‘hueco’ (por tanto, ‘insustancial’) y ‘jactancioso’. La breve extensión de ambos símiles permite su agrupación en un mismo segmento, integrado en una sola unidad de entonación, y la disposición de los elementos descubre la intención degradante del autor: que un personaje sea calificado de maloliente y, a renglón seguido, se afirme que es jactancioso, constituye una caricatura grotesca.

Un efecto de choque semejante se pretende en la frase posterior, que se abre con la mención del cedro y se cierra con la de la patata, oponiendo así una conífera de gran altura a un tubérculo que crece bajo tierra; un árbol prestigioso, cantado en la Biblia y ennoblecido por una extraordinaria tradición literaria, frente a un modesto alimento traído de Indias y designado mediante un vocablo cuya acepción moderna —la del texto— no se remonta más allá del siglo XVIII. Esto era lo importante para el autor, que repite el juego de la enumeración descendente puesto en práctica desde el principio, y para lograrlo se ha arriesgado incluso a caer en la ambigüedad o en la reiteración. La selección de *cedro* como árbol que nace «en la tempestad» es muy forzada; aun teniendo en cuenta que *tempestad* se refiere al río revuelto

⁵ Recuérdese la definición de *aura* recogida en *Autoridades*: «Aire leve, suave, lo más blando y sutil del viento, que sin ímpetu se dexa sentir».

de las convulsiones políticas, la única justificación «real» de la comparación se encuentra nuevamente en la anemofilia de las coníferas —el cedro entre ellas—, cuya masa de polen es arrastrada por el viento —sin que se produzca necesariamente una «tempestad»— a considerable distancia. Desde un punto de vista estrictamente botánico podría afirmarse, como mucho, que el cedro nace con el viento. Salta a la vista que Larra ha forzado los términos y que lo decisivo era la grotesca contraposición *cedro/patata*, acorde con otras gradaciones descendentes ya examinadas.

Los símiles restantes, muy breves, se apoyan abiertamente en la dilogía, y parecen haber sido elaborados con rapidez, mediante simples asociaciones de ideas, a partir del vocablo «tempestad», que suscita las «ruinas» y, como consecuencia, la aparición del jaramago, planta crucífera que se desarrolla, en efecto, entre los escombros; por otra parte, el verbo *pelechar*, con su doble valor ‘echar pelo los animales’ y ‘mejorar de fortuna’, se repetirá poco después con la variante «cría, en fin, mucho pelo». Tras la aproximación —frecuente en la lengua— de la pareja *cebolla/ajo*, se desprenden sucesivamente los términos *diente*, *cabeza* y *pelo*. Casi está de más hacer hincapié en los chistes: *picar* significa ‘herir’ y ‘provocar’; *tener dientes* connota las nociones de ‘mordedura’ y de ‘ferocidad, agresividad’; la *cabeza* no se refiere tan sólo a la del ajo, como es obvio, y el *coco* no designa únicamente el fruto del cocotero, sino lo que el *Diccionario de Autoridades* define como «figura espantosa y fea, o gesto semejante al de la mona, que se hace para espantar y contener a los niños», y que aquí sirve para rematar jocosamente la caricatura, cuya eficacia como tal está indisolublemente unida a la notable inventiva verbal que la sostiene. Se trata, en resumen, de un texto de estructura cuidadosamente dispuesta, con una marcada tendencia a los enunciados simétricos, cuyos leves desajustes de composición en la tercera parte se compensan sobradamente gracias a la riqueza y originalidad de los símiles, que garantizan hasta el último instante las necesarias conexiones textuales.